



JUAN FERMIN DE LEGUIA.¹



(A MI DISTINGUIDO AMIGO, EL ERUDITO HISTORIADOR DE LAS GLORIAS DE
FUENTERRABÍA, D. ANTONIO BERNAL DE O'REILLY.)

I.

Quién era Juan Fermin y por qué dejó de andarse por las ramas

Juan Fermin de Leguía era un buen muchacho, que aunque de corta estatura reunia casi todos los caractéres étnicos del montañés nabarro; robusto, ágil, sóbrio, decidido, andarín incansable, capaz de apostárselas á correr á los gamos de su tierra y á trepar á las mismas hiedras, pacífico habitualmente, pero fiero como un leon cuando se le provocaba.

Sus padres Pedro Toribio, y María Francisca Fagoaga, escasos de fortuna, eran de los que en el país llaman *maisterrak*, (inquilinos), y llevaban en arriendo el vetusto caserío de Urrola, uno de los que constituyen el barrio de Cía, en Bera. Los ensueños de Fermin no

(1) Al relatar el hecho principal del siguiente episodio, nos hemos atendido rigurosamente á lo que respecto del mismo se lee en las *Memorias* de Mina. Las demás curiosas noticias relativas al nacimiento, familia, y aventuras de Leguía, las hemos recogido en Bera, gracias á las diligentes investigaciones de una respetable persona que, aunque con sentimiento, no nombramos por ser este su expreso deseo. (N. del A.)

traspasaban los límites estrechos de su risueño valle, y todas sus alegrías se encerraban en aquella humilde casita, donde en 1787 había visto la luz primera, y en la cual habitaba, dedicado á la labranza, en compañía de su familia y de algunos mansos animales que casi consideraba como individuos de ella.¹

En épocas normales, la existencia de Fermin se hubiera deslizado vulgar y tranquila como la de casi todos nuestros campesinos, cuya felicidad consiste en no ser ni envidiados ni envidiosos; pero en los tristísimos tiempos de la invasión francesa no era fácil sustraerse á la agitación de que era presa España entera, y muy particularmente las provincias fronterizas. Las huestes de Napoleon hollaban el suelo sagrado de la pátria; Mina, cual otro Viriato, cambiaba la laya del labrador por la espada del guerrero, y en torno suyo se agrupaban millares de nabarros, que, con estupor de Europa, atacaban y vencían á los dominadores del viejo mundo.

Fermin Leguía permanecía, sin embargo, extraño á aquel hervor popular, cuyos rumores apenas llegaban al solitario caserío de Urrola; pero un incidente casual dió al traste con todos sus hábitos pacíficos, y la corriente patriótica arrastró también al tranquilo montañés.

Hallábase este, cierto día de otoño, encaramado sobre un corpulento castaño,—cuyas ramas golpeaba con el largo palo que en el país se destina á esa operacion y lleva el nombre de *agaya*,—y contemplaba satisfecho el sazonado fruto que en lluvia espesa caía sobre la fresca yerba, cuando un sonido agudo y triste turbó el silencio del bosque; era el toque de corneta de un destacamento que formaba parte de las fuerzas de Mina y se detenía en los montes cercanos á Bera.

¿Qué extraño efecto produjeron en el pacífico labrador aquellas notas guerreras y animadas? No es fácil explicarlo; quizá creyó escuchar en ellas la voz dolorida de la pátria, que llamaba á sus hijos, y ecos confusos de combates, de triunfo y de gloria, que despertaron súbitamente instintos y sentimientos ignorados y ocultos hasta entonces en el fondo de su corazón. Juan Fermin escuchó inmóvil durante largo rato; golpeó despues furiosamente las ramas del árbol, mirando con ojos extraviados las castañas que volaban en todas direcciones y quizá se le antojaban legiones enemigas, y, por último, arrojando lejos de sí el palo, saltó al suelo y echó á correr hácia el punto donde su-

(1) Segun parece, Leguía nació el 5 de Febrero de 1787.

ponia estaban los voluntarios nabarros, á los que pocos instantes despues se presentaba jadeante y bañado en sudor.

—Quiero ser de los vuestros! —gritó en bascuence en cuanto pudieron oírle.

—Bien venido y que te sigan muchos—contestó en el mismo idioma el sargento que hacia de jefe, tremendo moceton de Puente la Reina, donde aún se hablaba euskara por entónces.

—¿Sabes leer?

—Sé leer y escribir—dijo Leguía.

—¡Hola, hola!—repuso el Sargento—pues eres una adquisicion! Preséntate inmediatamente al capitan, que está en aquella borda.

Y como Juan Fermin continuase sin moverse, le preguntó:

—¿Qué esperas?

—Señor, el fusil—contestó el pobre mozo, cuyas palabras produjeron una carcajada general.

—¡El fusil!... ¡el fusil!... Entre nosotros es costumbre el ir á buscarlo uno mismo al almacén.

Y agarrando jovialmente del brazo al nuevo voluntario, llevólo el pontesino á unas peñas; señaló á una avanzada francesa que se descubria á lo léjos y le dijo:

—Allí lo tienes.

Juan Fermin se puso colorado como una amapola y contestó á media voz:

—Está bien.

II.

*Donde se ve que hay caserías en las que se cena bien
y se duerme mal*

Al declinar uno de los primeros dias de Marzo del año 1813, veíase en la cocina del vetusto caserío de Urrola un grupo de hombres de rudo aspecto, cuyo traje abigarrado, mezcla extraña de paisano y militar, denunciaba desde luego al guerrillero nabarro.

Rodeaban todos el gigantesco hogar, donde un árbol de encina lanzaba alegres llamas, y con frecuencia densa humareda que envolvía

y ocultaba á cuantos allí habia. No parecian reparar en ello los guerreros, cuya vista se fijaba codiciosamente en un suculento cordero, que, ensartado en mugriento asador, derramaba sobre las áscuas hirvientes lágrimas de grasa. La fisonomía de aquellos hombres, enérgica, franca y jovial, ostentaba marcadamente el tipo de la raza nabarra; pero en ella se retrataban al mismo tiempo los sufrimientos, las penalidades de su inquieta existencia y ese sello de dureza que imprime la guerra en la mirada del soldado; sus rostros estaban curtidos y enjutos; sus cabellos súcios y enmarañados; sus manos encallecidas, y sus corazones.... ¡ay!, como sus manos, á juzgar por las palabras que con frecuencia se les escapaban y hacian estremecer y santiguarse á una buena mujer que preparaba la comida.

Toda la atencion de los voluntarios de Mina,—pues tales eran los que allí se encontraban,—se dedicaba, primero al tostado cordero, servido ya sobre tosca mesa de roble, y luego á un hombre que por su tipo y por su acento revelaba ser aragonés. Acababa este de llegar de la parte de Tafalla, donde entónces se encontraba el famoso caudillo, y traía instrucciones suyas para el jefe de la partida que nos ocupa. Las comunicaciones eran en aquel tiempo dificiles y raras, por estar todo el país en guerra, y natural es que se escuchasen con avidez las noticias del grueso de las fuerzas nabarras.

Llovian, pues, las preguntas sobre el recién llegado, y la locuacidad de los comensales aumentaba á medida que disminuía de volúmen el humeante cordero, y un orondo pellejo, al que imprimian aquellos cariñosos besos, haciéndole viajar con pasmosa celeridad de mano en mano.

—Con que tenemos ya cañones, ó no?—preguntó un pamplonés del barrio de la Rochapea.

—Los tenemos;—dijo el aragonés,—yo mismo los he visto y oído estornudar; parece que estaban en los buques ingleses fondeados en la Coruña; pero á peticion de Mina los desembarcaron en Deva, y por Cegama, Alsásua, puerto de Olazagoitia y Zudaire se enviaron á Estella escoltados por los nabarros al mando del capitán D. Matías Ilzarbe, quienes hicieron huir á los franceses que les salieron al encuentro en Ormaiztegui. El día 6 de Febrero fueron trasportados de Estella á las afueras de Tafalla, ocupada entónces por el enemigo; el 7 el mismo Mina, por no haber ingenieros, emplazó dos piezas, con las que inmediatamente se empezó á batir el fuerte de San Francisco, y se les desmontó una batería....

—¡Eso se llama ser general!—exclamó uno de los voluntarios.

—¡A la salud de Mina! —dijo gravemente otro sin dejar de engullir como un gargantua,—y la bota recorrió nuevamente la mesa.

—¿Y Tafalla se rindió?

—Se rindió; pero ántes tuvimos en Tiebas la gran zaragata; supo Mina que el general Abée con 3.000 infantes, 150 caballos y 8 cañones llegaba en socorro de los sitiados, y le salió al encuentro el día 9 con tres batallones y caballería, que situó entre Subiza, Tiebas, Biurrun y la carretera; echáronse los franceses en Tiebas sobre el 2.º batallón, que despues de resistir se retiró; siguió hácia Tafalla el enemigo; pero los batallones 4.º y 5.º y 4 compañías del 3.º cayeron sobre él, le dieron la gran paliza y lo metieron en Pamplona.

—¡Por Mina!—se oyó decir de nuevo—y la bota visiblemente demacrada, pasó lentamente de mano en mano.

—Si hubiérais visto,—continuó el aragonés,—lo que yo presencié! qué ruido, qué humo, qué gritos y qué temblor de tierra! Cada francés era un león y cada español... lo ménos dos! ¿Conoceis al comandante del 2.º, D. Pedro Antonio Barrena? Pues ese hizo lo que nadie; una bala de cañón cortó la cabeza á su caballo como con una navaja; rodó la testa por el suelo, y el cuerpo se mantuvo en pie; y sin moverse siguió mandando el comandante Barrena hasta que le trajeron otro caballo; entónces se apeó tranquilamente y el jaco descabezado ¡cataplum! se vino al suelo.¹

—Eso se llama ser terne! apuesta á que ese caballo era nabarro...

—O aragonés—replicó el orador.

—Digo que nabarro, exclamó frunciendo el ceño y pegando un puñetazo en la mesa el pamplonés.—En Nabarra somos así; sin cabeza, pero todo corazón...

—Por el caballo de Barrena—murmuró filosóficamente el de siempre mediando en la discusión—y la bota, con más pliegues que un paraguas cerrado, emprendió nuevamente el viaje.

(1) Todo el relato que ponemos en boca del aragonés, incluso el incidente relativo al caballo de Barrena, es rigurosamente histórico, segun aparece en las *Memorias* de Mina. Ese incidente, que muchos habrán juzgado increíble ó habrán calificado de andaluzada, nada tiene de inverosímil dadas las circunstancias en que tuvo lugar. Las recientes observaciones científicas comprueban que semejantes fenómenos se observan algunas veces en las muertes violentas é instantáneas como las producidas por un proyectil ó por el rayo. (N. del A.)

—El 10 por la mañana se dió el asalto—continuó diciendo el aragonés—y fuimos rechazados,—añadió entre dientes;—pero el 11 se rindieron.

—¿Y despues?

—Despues se sitió á Sos, y aunque llegaron refuerzos á la plaza, el general francés Paris se largó llevándose la guarnicion. Siguióle Mina; hicieron frente los franceses en Castiliscar; se les derrotó completamente causándoles 800 bajas, y Sos fué tomado. Muchos quedaron allí tambien de los nuestros, entre ellos dos oficiales nabarros más valientes que el Cid; D. Matías Ilzarbe y D. José Suescun!... y no me preguntéis más; porque eso fué el 2 de este mes, y yo me puse en camino al dia siguiente.

—¡Por los valientes que....—dijo el consabido con acento tartajoso,—pero al ver que la bota estaba vacía, dejóla caer con desaliento y quedó sin concluir su brindis.

En aquel momento abrióse la puerta bruscamente y penetró en la cocina un mozo vestido de mujer; quitóse el pañuelo que ocultaba su cabeza; dirigió una mirada rápida en torno suyo y se sentó en el ennegrecido escaño, junto á los tizones. Era Fermin Leguía, que valiéndose de aquel disfraz habia penetrado en Irun, ocupado por los franceses, y volvía trayendose tres caballos de los invasores.¹

El sencillo *mutill*, que poco há vimos dedicado á las faenas agrícolas habia ya sufrido una trasformacion completa por efecto de su nueva vida; en su rostro se leia el hábito de mando y sus ojos despedían á menudo relámpagos de indomable energía, indicadores de las proezas que le habian valido el empleo de sargento y jefe de su partida.

Los individuos de esta pusiéronse en pié al verle llegar; leyó el pliego que el aragonés le traia, y con voz breve:

—Muchachos, á vuestros puestos de escucha, y mañana, al rayar el alba, en el bosque de Gaiztangurucheta.

Salieron todos, no sin que alguno detuviera sus vacilantes pasos para dedicar una mirada de despedida, tiernísima y triste, á aquella enflaquecida bota que despreciada ya, habia rodado debajo de la mesa.

Fermin, rendido por el cansancio, se dejó caer sobre el pobre lecho de una habitacion contigua, y quedóse profundamente dormido;

(1) Histórico.

matáronse las luces, extinguióse el fuego, y la vieja casuca quedó sumergida en las tinieblas que envolvían la selva.

Pocas horas despues, en medio del silencio de la noche, oyóse una voz, lejana y débil al principio; clara y vibrante luego, que tarareaba una canción bascongada. El viejo mastín del caserío, acurrucado entre los helechos del establo, dió un salto, olfateó y comenzó á ladrar furiosamente; pero ántes de que el noble animal diera la señal de alarma, la madre de Leguía, que velaba como sabe velar toda madre que cree á su hijo en peligro, escuchaba ya temblorosa tras de la atranca: da puerta.

La voz repetía con insistencia la misma tonada, diciendo:

Urrolara, Urrolara,
Urrolara guazi,
Ta norbaitek arara
Laister egin dezala.¹

Era un amigo de Fermin, el leal *Tipiri*, que obligado por los franceses á guiarles al caserío de Urrola, donde sabían se encontraba el ya temible guerrillero, avisaba á este que huyese, por medio de una improvisación ininteligible para aquellos.

La madre de Leguía, comprendiendolo todo, y aterrada, despertó á su hijo; lanzóse este fuera de la casa, y salvando el seto de la huerta se internó en el bosque; pero mirando ántes hácia el punto por donde venían los franceses, dijo á media voz y apretando los puños:

—Pronto os devolveré la visita.

III.

De cómo Fermin Leguía hizo más que el Gran Condé

¡Qué noche la del 11 de Marzo de 1813! Era una de esas capaces de dejar en mal lugar á los que sostenemos que las comarcas na-

(1) Esta es una prueba más de la fidelidad con que se perpetúa la tradición oral en nuestras montañas. La respetable persona á quien debemos esos y otros detalles los ha escuchado de boca de un anciano de 92 años, que aún vive, y recuerda, no sólo la letra de la improvisación de *Tipiri*, sino la música. (N. del A.)

barras próximas á las costas guipuzcoanas disfrutaban de apacible temperatura; el vendabal cantábrico en todo su furor, y el frío del Pirineo en toda su crudeza habíanse asociado, y una lluvia torrencial y helada azotaba en todas direcciones los empinados montes y los valles profundos.

Los añosos y retorcidos árboles se agitaban violentamente, cual si forcejearan por huir de la encharcada selva; sus ramas crujían, chocaban, se rompían y sacudían sus líquidos flecos sobre los desecados y rojizos helechos, cuyos apretados montones arremolinaba, deshacía y aventaba el implacable huracán. Por arroyos y zanjas, convertidos en torrentes espumosos, rodaban, arrastrados con estrépito, tierras, piedras y troncos al fondo del barranco, donde el turbulento Bidasoa, rebosando su cauce ordinario se elevaba en vertiginosos remolinos sobre las rocas que emergen de su seno como para cerrarle el paso. La oscuridad más completa daba á aquel imponente cuadro las apariencias del caos; los grandiosos rumores de la airada naturaleza llenaban los espacios sobre aquella tierra nabarra deshabitada en apariencia. Y á fé que no era extraña soledad semejante, pues todo aquel que por su mala suerte se había visto sorprendido á campo raso por el deshecho temporal, abandonando su viaje ó sus tareas, había corrido á guarecerse en el pueblecillo, en la casería ó en la caverna más inmediatas.

Solo en el bosque vecino al barrio de Bera llamado Cerain hubiera podido observarse, si las sombras lo permitieran, un grupo de diez y seis hombres, que provistos de fusiles se deslizaban rápidamente sobre el quebrado suelo, cual si fueran negros fantasmas. Todos guardaban un silencio absoluto, tan riguroso, que cuando con frecuencia tropezaban ó caían sobre las bruñidas rocas ó la empapada yerba, ni se oía una queja, ni una interjección salía de sus labios, cosa en verdad extraña entre gente de guerra.

Eran Leguía y su partida, que, como los arroyos y el Bidasoa, se dirigían también presurosos hácia el mar por entre breñas, precipicios y jarales. Enderlaza y Lastaola quedaron pronto detrás de los expedicionarios; llegaron luego á Behobia é Irun, bajo cuyas tapias se deslizaron, como reptiles, y dando un rodeo se internaron en los manzanales inmediatos á Jaizquibel; adelantáronse entónces Leguía y dos de los suyos, redoblaron su vigilancia, acertaron su paso y acercándose á su jefe uno de los voluntarios, dijo á media voz:

—Si alguno nos echa el «quién vive» ¿que se hace?

—Callar.

—¿Y si se nos hace fuego?

—Callar.

—¿Sin contestar?

—Sin contestar.

No pensó en intentarlo el pregunton, dominado por el enérgico laconismo de Leguía, y el misterioso grupo avanzó sigilosamente, resbalando y cayendo en las charcas, sin cuidarse del temporal; ni pensar más que en resguardar del agua sus cananas y las cazoletas de sus fusiles.

Al cabo de media hora se encontraban al pié de las murallas de Fuenterrabia; eran las 11 de la noche.

La vieja y noble ciudad guipuzcoana parecia deshabitada; ni un rumor en sus calles, ni una luz en sus casas; el cinturón de negros muros que la rodeaba y protegía, semejava las tapias de un cementerio; las olas embravecidas bañaban sus piés con torbellinos de espuma, y entre el estrépito de sus embates oíase el grito lastimero de las aves nocturnas que anidaban en la agrietada torre, confundido con los chirridos de las aves marinas que revoloteaban entre los peñascos de la playa.

En lo alto de un baluarte, un centinela francés oculto en lo interior de su garita, asomaba de vez en cuando la cabeza para lanzar Perezosamente el «alerta», y se arrebuja de nuevo en su burdo capote.

Ecurriéronse los nabarros rozando á las murallas y se detuvieron al pié de la fortaleza; despues de escuchar largo rato, conteniendo la respiracion, volvióse Leguía bruscamente hácia los suyos y murmuró:

—Preparad las cuerdas.

Y dirigiéndose al que tenia más cerca añadió:

—Tú subes tras de mí; los demás quietos hasta que avise.

Sacó enseguida de su ancha faja un puñado de gruesos clavos y un pesado martillo, y soltando el lío de cuerdas anudadas que, como sus compañeros, llevaba ceñido al cuerpo, buscó la union de los sillares que formaban el muro, y detúvose nuevamente á escuchar.

El huracan redoblaba su furia y confundia sus bramidos con los del mar; aprovechó Leguía el momento en que el estrépito llegaba á su mayor intensidad, y colocando los clavos entre las piedras, enlazando las cuerdas y trepando lentamente por los improvisados escalones, llegó á lo alto del muro seguido de su compañero. Arrastráronse en-

tónces hasta la garita y arrojándose súbitamente sobre el soñoliento centinela, sin darle tiempo de defenderse, oprimieron con nervudas manos su garganta; le amordazaron; amarraron sus piés y manos, y tendieronlo boca abajo.

Inclinóse luego Juan Fermin sobre el borde de la muralla y lanzó un silbido apénas perceptible; encaramáronse algunos de sus compañeros por la improvisada escalera, y reuniéronse con su jefe; penetraron repentinamente en el cuerpo de guardia; arrojáronse sobre las armas que colgaban del muro, y sujetando á los soldados, que dormían profundamente, hicieron inútil toda resistencia.

Dueños de las llaves de la fortaleza, que allí se custodiaban, abrieron las puertas al resto de la partida que impaciente esperaba el resultado de la audaz aventura; rindieron á los ocho artilleros que se encontraban en el fuerte, y posesionados de este, y prevalidos de lo desusado de la hora y de la falta de vigilancia que se notaba en la ciudad, enclavaron tres cañones; arrojaron al mar la mayor parte de los proyectiles y municiones almacenados; empaquetaron otra; hicieron con los fusiles, pistolas y sables de la guarnicion y dispusieronse á emprender la retirada.

Pero ántes, apoderóse Leguía de la bandera tricolor del castillo, encendió las mechas de artillería depositadas en la casamata y prendió fuego al almacén contiguo; colgóse el fusil del hombro, empuñó una descomunal pistola, y colocándose á retaguardia de voluntarios y prisioneros, dijo con un acento que comprendieron por igual unos y otros:

—En marcha por donde vinimos; y ¡ay del que grite, ó pretenda huir ó ceje si somos perseguidos!

El incendio, entre tanto, se extendía rápidamente; densa humareda se arremolinaba, á impulsos del vendabal, sobre la vieja fortaleza: las pavesas volaban en todas direcciones á largas distancias y caían sobre los tejados de la poblacion; de vez en cuando oíanse detonaciones causadas por las municiones abandonadas y estrépito de techumbres que se derrumbaban. A estos rumores unióse pronto el redoblar de los tambores franceses que daban la señal de alarma en las calles de Fuenterrabía y ruido de patrullas y correr de soldados que acudían al llamamiento de sus jefes. La confusion crecía por momentos; las voces de mando, el relinchar de los caballos y las interjecciones de los franceses se confundían con los gritos del pueblo que contemplaba atónito aquel terrible espectáculo.

Por fin, organizáronse las escasas fuerzas de la guarnicion, y al observar que las puertas de la fortaleza estaban abiertas y nadie les hostilizaba desde allí, comprendieronlo todo y preparáronse á perseguir á los autores de aquella hazaña inverosimil. Pero ¿era prudente acometer á enemigos invisibles, probablemente numerosos y aguerridos, en su propio país? ¿No era quizá eso lo que se buscaba para atraer á los extranjeros á una celada, difícil de evitar entre tinieblas? Así lo comprendian aquellos jefes; pero escuchando solo la voz del pundonor y el deseo de borrar con un acto de bravura su punible descuido, lanzáronse por el camino de Nabarra, que es el que, indudablemente, habian seguido las tropas españolas.

No tardaron en acercarse á la partida de Leguía y, casi al azar, hicieron algunos disparos que fueron vigorosamente contestados. La actitud de los nabarros hizo vacilar á sus perseguidores, que juzgaron eran la retaguardia de fuerzas importantes; los voluntarios, retirándose rápidamente y haciendo fuego, consiguieron llegar al punto en que el Bidasoa se oculta entre abruptas montañas, y ya en aquella natural fortaleza contuvieron á los franceses, que, muy cuerdamente, no osaron penetrar en el desfiladero.¹

(1) Para que no se crea que tan extraordinaria hazaña ha sido inventada ó exagerada en este episodio, véase lo que dice el general Mina en el tomo 2.º, fólío 23 de sus *Memorias*.

«...Pero una de las acciones más arrojada, valiente y feliz de las muchas ocurridas en este mes fué la del sargento Fermín Leguía, que se hallaba de observacion en el punto de Vera. Toda la fuerza que tenía a su disposicion se reducía á 15 hombres; y para no defraudar lo más mínimo la importancia del suceso voy á referirlo copiando originalmente el mismo parte que él me dió. Decía así: «Mi general: hay cosas que parecen imposibles á primera vista si se graduan los medios y las circunstancias del que ejecuta. Fuera temeridad apoderarse de una plaza fuerte guarnecida y fortificada con solos 15 hombres, aun guiados del entusiasmo y conducidos por el valor. Habia yo meditado apoderarme del castillo de Fuenterrabía y mis deseos debían de cumplirse. Me hallaba en Vera, de cuya villa salí la tarde del 11 del corriente con 15 soldados que debían obrar conmigo, los únicos que hacían toda mi partida. Me proveí de cuerdas y clavos para el efecto. A las 11 de la noche me hallaba pegado á las murallas del castillo. Traté de amarrar las cuerdas y no sin mucho trabajo fijé los clavos que debían servirme de escalones, y con un solo soldado que por entónces juzgué suficiente para el primer golpe escalé la muralla, é introducido me arrojé improvisadamente sobre el centinela, que quedó en mi poder. A una seña me reforzaron algunos compañeros, con los que sorprendí la guardia que silenciosamente estaba en una de las casamatas; y dueño de las llaves de las puertas del castillo, las abrí para que por ellas entrase el res-

Tres horas más tarde, los expedicionarios llegaban á Bera, y despues de dejar á buen recaudo los prisioneros y el botin de guerra. Leguía, calado hasta los huesos y con el rostro ennegrecido por la pólvora, entraba en la tranquila cacería de Urrola. Su anciana madre, sentada junto al hogar, pasaba las cuentas de un rosario ante una estampa de la Virgen colocada en la campana de la gigantesca chimenea, y en cuyo honor ardía una candela de resina.

La buena mujer, al ver á su hijo, púsose en pié y se arrojó en sus brazos sollozando; contemplóle largo rato en silencio con indefinible expresion de ternura, y exclamó en aquella expresiva jerga bilingüe que usaba cuando para desahogar los sentimientos que desbordaban de su corazon le parecia insuficiente un solo idioma:

—¡Ay ene seme maitia! La Virgen y San Fermiñ que güelvas bien ya hay errezau; pero ellos tamien ya cansarán, siempre chandriós discurriendo si andas; franseses último errebentar ya te harán!

»to de mis soldados. Consecutivamente hice prisioneros 8 artilleros que se hallaban en el castillo, pues los demás dormian en la ciudad; y tratando de inutilizar las piezas de cañon que en él habia, enclave dos de á 24 y una de á 18, y eché á la mar 1.500 balas del primer calibre y 2.600 de violentos. Saqué afuera para traer conmigo 100 balas de esta clase, 9 fusiles, 2 pistolas, 4 sables, 80 varas de cuerda mecha, 2 quintales y medio de pólvora y la bandera tremolante. Me retiraba despues de haber dado fuego al castillo, á cuyo fuego puesta en alarma la guarnicion de la ciudad, salió en mi seguimiento; pero despavorida y llena de aquella confusion hija de una novedad inesperada. Se componia de gendarmes. Me siguieron, pero en vano, porque tuve la satisfaccion de rechazarlos y de salvar todos los efectos indicados sin haber tenido la menor pérdida de mi parte. Acudieron los enemigos á cortar el fuego del castillo; pero sin fruto, porque de las cuatro partes de él se abrasaron tres y ha quedado enteramente inservible. Tendré el gusto de presentar a V. S. mi general, además de los prisioneros y efectos relacionados las llaves del castillo de Fuenterrabia, fruto del valor de sus soldados y del amor y respeto que profesan á vuestra persona. Vera, 13 de Marzo de 1813.—El sargento 1.º, Fermin de Leguía.»

Mina, que dió desde luego el empleo de teniente a Leguía, y otras gracias para los soldados que le habian acompañado en su empresa, añade en sus *Memorias*, refiriéndose á esta: «Fué muy extraordinaria la impresion que causó en los franceses la pérdida del castillo, y más todavía el arrojó y serenidad de la pequeña partida que hizo la expedicion.»

La fortuna favoreció á Mina y su gente en sus arriesgadissimas empresas contra los franceses de un modo asombroso. Lástima grande que la intervencion del célebre guerrillero en tristísimas discordias civiles, convirtiera para la mayor parte de nuestro país al héroe legendario de la independencia pátria en caudillo vulgar y odiado! (N. del A.)

Afortunadamente, los casi infalibles presentimientos de la madre salieron esta vez fallidos; el *chandrió* de Fuenterrabía valió á su autor el empleo de Teniente, y la guerra terminó sin que los franceses *erre-bentaran* á Leguía.

Y no fué ciertamente, porque este no se expusiera á ello á cada instante; tales hazañas realizó el audaz montañés nabarro y tan grande fué el temor que llegó á infundir, que en todo el país se hizo proverbial, y se repetía muchos años despues, la frase de

«*Fermin Leguía*
Kontra biño alde obia.»

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

PORZIUNKULAKO INDULJENZIAREN SORTZEA



III.

Bigaramonean egun sentian Franziskok artu zituen iru arrosa zuri gorri Trinitade guziz Santuaren erreberenzian, eta Fr. Bernardo Kintabal, Fr. Anjelo Reate eta Fr. Leon lagun zituela, joan zan eyaka Jesukristoren Ordekoengana, zeñari kontatu zion zearo Asisko Ama Birjiña Aingerueneko eleizan gertatu zitzayon guzia.

¡O Jauagoikoaren esku indartsua! Aita Santuak ez al-zuen aditu Franziskoren kondaira, eta usandu arrosen usai gozo miragarria, sentitu zuen beregan biotz mugida aundi bat, eta bai zeruko mandatariaren esanari sinistamentu osoa eman ere; eta onelako eginkizunetan usatu oi ziran bide eta neurriak alde betera utzirik, aukeratu zituen bertatik zazpi Obispo, zeñak ziran Asiskoa, Perusakoa, Lodi-koa, Espoletokoa, Foliñokoa, Nozera eta Gubiokoa, eta oei eman zien induljenzi au adierazteko enkargua.

(1) A Fermin Leguía más vale tenerlo en favor que en contra.